

¡EXTIENDE TUS ALAS!

*Repensar la vida consagrada
femenina*

Ianire Angulo Ordorika



SOFÍA





¡EXTIENDE TUS ALAS!

*Repensar la vida consagrada
femenina*

Ianire Angulo Ordorika



Diseño: Estudio SM / Carmen Corrales

© 2022, Ianire Angulo Ordorika
© 2022, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3973-0
Depósito legal: M 29357-2022
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Introducción

La invitación de un grafiti

Hace unos años, en la fachada de un colegio que gestiona una congregación religiosa femenina, hicieron un grafiti que gritaba: «¡Hermana, extiende tus alas!». Siempre me ha parecido un desafío precioso que apunta al núcleo de toda vida cristiana, pero que se hace especialmente urgente en una vocación, la vida consagrada (VC)¹. Cuando esta nació, resultó ser un particular espacio de libertad para tantas mujeres que veían su existencia replegada por los esquemas sociales de la época. Desde los orígenes de la VC, esta se convirtió, no solo pero

¹ Uno de los nudos teológicos que sigue sin estar resuelto y que desborda la pretensión de estas páginas es la manera en que remitimos a esta vocación cristiana. A partir de la clasificación del *Código de derecho canónico* vigente, llamaremos «vida consagrada» al complejo y rico espectro de formas estables de vida que realizan algún acto de especial consagración a Dios, en forma de votos o promesas, que pueden ser públicos o privados. Somos conscientes de lo restrictivo que resulta aplicar esta terminología para una vocación cristiana concreta, especialmente cuando la consagración fundamental es aquella que se realiza en el bautismo.

también, en un espacio de plenificación humana y creyente para las mujeres, que veían coartadas sus ansias de vida plena dentro de los cánones y patrones que marcaban las expectativas de cada momento histórico.

Algo no va bien cuando la sensación, tanto dentro como fuera de la VC, es que algo de nosotras está sin desplegar del todo. La intención de este libro no es solo ofrecer un diagnóstico de cómo se encuentra en la actualidad, sino también ofrecer algunas pistas que, desde el propio límite de quien suscribe, podrían ayudar a respirar con más hondura y responder mejor a lo que somos invitadas a vivir en esta manera peculiar de seguir a Jesucristo. Sin ninguna pretensión de sentar cátedra, de dar recetas o de plantear cuestiones que no sean discutibles, compartiremos una reflexión que nace de las propias búsquedas y de la convicción profunda de que esta vocación encierra un gran potencial para quienes nos sentimos llamadas a ella.

Lo característico de una caricatura no es que represente la realidad tal cual es, sino que exagere los rasgos más propios de una persona de modo que sea reconocible, por más que

no esté retratada tal y como nosotros la vemos. En estas páginas queremos referirnos de un modo similar a la VC, especialmente a la femennina. Resulta inapropiado y muy injusto hablar de esta en general, como si se tratara de una realidad única y unívoca. No es nuestra pretensión hacer afirmaciones tan gruesas que oculten los variados matices ni olvidar que, tras un retrato genérico, estamos englobando una amplísima pluralidad de estilos y modos de concretar esta vocación en la Iglesia.

A pesar de las múltiples excepciones, los interrogantes que nos lanzamos buscan generar una reflexión que nos invite nuevamente a desplegar las alas. Desde esta advertencia, y conscientes desde el inicio de los límites de toda generalización, deseamos que, como sucede con las caricaturas, todo el mundo pueda reconocer como familiar la fisonomía de la VC que esbozaremos en estas páginas, y que apunta a las tendencias que consideramos más frecuentes². Cada lector –varón o mujer– sa-

² Muchas de las cuestiones que plantearemos son válidas para todos, varones y mujeres. Para expresarlo, recurriremos al plural masculino de un modo inclusivo.

brá discriminar qué resulta válido para su institución y qué no.

Las inquietudes y reflexiones que atraviesan este libro han tenido un amplio recorrido antes de ser plasmadas por escrito. La mayoría de ellas han nacido del encuentro con personas concretas de diversos institutos de VC. Se me ha regalado participar en sus búsquedas, en sus dificultades, en su deseo de ser fieles, en los inevitables recelos ante lo nuevo y en el anhelo de vivir con verdad la propia vocación. Las claves que intentamos ofrecer, siempre con «temor y temblor» y nunca con respuestas cerradas, brotan de preguntas que antes han sido compartidas con compañeras de camino en la VC. A todas esas mujeres está dedicado este libro, con el más profundo agradecimiento.

La vida, y Dios en ella, ha ofrecido a quien suscribe la posibilidad de asomarse tanto a lo más loable de esta vocación como a sus mayores perversiones. El ruido de un árbol al caer es mucho mayor que el de todo un bosque creciendo. Desearíamos que entre las líneas de estas páginas se asomara la esperanza realista de quien suscribe y que sigue apostando por una VC más cercana a lo que el Señor sueña

de ella. Mientras se gestaba este libro, Begoña, una hermana de congregación, luchaba con la enfermedad y fue al encuentro definitivo con el Padre. Ojalá que estas páginas expresen, a modo de homenaje, algo de su deseo de vivir, de las búsquedas que alentaron su existencia y de la esperanza con la que abrazó su muerte.

1

Un modo de vida llamado a desplegar existencias

El protagonismo femenino de esta forma de vida cristiana es evidente. Las mujeres están presentes desde los inicios del monacato, en el que sabemos de Madres del desierto y cenobios femeninos que seguían el mismo régimen de vida que sus compañeros varones. Desde los comienzos hasta las congregaciones actuales, pasando por las beguinas medievales, las abadesas mitradas o aquellas grandes fundadoras y reformadoras de institutos religiosos, la VC tiene rostro de mujer. Aunque su presencia se haya silenciado con frecuencia³, la historia de la VC está sembrada de mujeres que, optando por un modo de vida sociológicamente anor-

³ Llama poderosamente la atención que, en las grandes obras de historia de la VC, la presencia femenina sea muy escasa, presentada de forma casi anecdótica y, con frecuencia, vinculada a figuras masculinas.

mal⁴, no solo siguieron a Jesucristo, sino que, haciéndolo, desafiaron también las expectativas sociales de cada momento.

1. Una mirada a la historia

Ya desde los orígenes del cristianismo, las viudas se convirtieron en un notorio grupo de influencia, hasta configurar el llamado *orden de las viudas*. Por más que no suela considerarse de este modo, configuran un precedente remoto de la VC femenina, previo al comienzo de la vida eremita de las Madres del desierto. Entre las razones que explican la influencia de estas mujeres se encuentra la independencia de la que gozaban gracias a su viudez⁵.

⁴ Insistiremos en esta expresión a lo largo del libro, pues conviene recordar que no es normal que mujeres y varones adultos optemos por renunciar a un proyecto de pareja, a una familia propia, a gestionar los propios recursos económicos, a no dejar en manos de otras personas decisiones importantes sobre nuestra propia vida, y por convivir con personas que nunca habríamos elegido como compañeras de piso.

⁵ Sobre el orden de las viudas y su evolución en los primeros siglos de nuestra era, cf. E. ESTÉVEZ, *Qué se sabe de... Las mujeres en los orígenes del cristianismo*. Estella, Verbo Divino, 2012, pp. 226-241.

Cuando culturalmente se comprendía que la mujer debía encontrarse siempre tutelada por un varón, la VC se convirtió en un ámbito privilegiado de libertad. Más allá del carácter religioso que implica el voto de castidad, este también mostró una notable capacidad emancipadora, especialmente cuando el único horizonte vital posible era el de convertirse en esposa y madre. La ausencia de estas obligaciones familiares abrió un resquicio inédito e insospechado para la autonomía femenina.

Así, el celibato femenino resultó ser una realidad que trastornaba la estructura social. Esta amenaza al orden establecido fue poco a poco perdiendo su carácter subversivo. Con el paso del tiempo, se llegó a convertir en el inevitable destino de quienes, por diversos motivos, no se casaban. Así se desdibujó la fuente de autonomía para las mujeres que suponía la castidad en esta vocación. De un modo similar, el carácter liberador de otros elementos esenciales de la VC se hizo aún más notorio precisamente cuando las circunstancias históricas exigieron reivindicarlas. Es lo que sucedió, por ejemplo, con la pobreza de Clara de Asís o el impulso evangelizador de Mary Ward.

Como es sabido, uno de los pilares sobre los que se edifica el movimiento franciscano es la pobreza. Esta se comprende como condición de posibilidad de una profunda libertad y hermandad tanto con la humanidad como con toda la creación. Sobre este fundamento redactó santa Clara su *Regla* de vida, la única escrita por una mujer y aprobada por la Iglesia⁶. Coherentes con esta intuición espiritual, el ideal de Francisco y Clara era la renuncia a los bienes individuales y comunitarios. Con la buena intención de facilitar el sostenimiento económico de las comunidades femeninas y proteger su pervivencia, los papas de la época mostraron reticencias a este anhelo de pobreza radical para ellas, no así para sus compañeros varones.

No obstante, Clara se mantuvo firme en su convicción e insistió hasta conseguir el llamado *privilegio de la pobreza* por parte de Ino-

⁶ El IV Concilio de Letrán (1215) prohibió la aprobación de nuevas *Reglas* de vida, pidiendo que las nuevas instituciones religiosas asumieran alguna de las ya aprobadas. Esta es la razón por la que, por ejemplo, la Orden de Predicadores, fundada por santo Domingo de Guzmán, adoptara la *Regla* de san Agustín.

cencio III y de Gregorio IX. Se trataba de un favor especial que les liberaba de la obligación de recibir posesiones, permitiéndoles conservar la autonomía de quienes no son mantenidas por terceras personas, sino que su sustento proviene del propio trabajo. Responsabilizarse de la propia supervivencia y no depender de otros para ello no solo genera libertad, sino que posibilita establecer relaciones gratuitas e incondicionales con los demás.

Mary Ward, por su parte, se esforzó por recuperar la libertad de evangelizar para las mujeres. En la Inglaterra hostil al catolicismo de los inicios del siglo xvii, y cuando no había otra opción de VC para las mujeres que la contemplativa, ella comprendió la necesidad de fundar una congregación femenina sin claustro, sin hábito y con un dinamismo capaz de responder a las urgencias apostólicas del momento⁷. Ella tuvo que defender su proyecto ante tres papas, contando con la oposición no solo de la

⁷ Otras instituciones optaron por utilizar los resquicios del derecho canónico, evitando cualquier denominación o práctica que les encasillara en el estrecho marco de la época para la VC femenina. De este modo surgirán en este mismo siglo xvii, por ejemplo, las Hijas de la Caridad.

Iglesia anglicana, sino también con la de una parte sustancial de la católica.

La insistencia de esta mujer no pudo evitar que en 1630 se suprimiera el instituto que había fundado ni que ella misma fuera castigada por la Inquisición y condenada al ostracismo. Como en la mañana de Pascua, su fracaso fue solo aparente, pues su instituto siguió expandiéndose. Su libertad y audacia abrió el camino de la VC apostólica, rescatando para las mujeres espacios de evangelización que estaban reservados a los clérigos, devolviéndoles así la palabra y la propia voz en los espacios públicos.

Estos ejemplos surgidos de la historia desvelan una realidad fundamental. Los elementos esenciales de la VC, como son la castidad, la pobreza o el apostolado, están al servicio del seguimiento de Cristo y, por eso mismo, han de propiciar esa libertad que posibilita responder a la llamada divina y que cada circunstancia histórica requiere. Pero no seamos ingenuos. Si no nos mantenemos en una atenta actitud que nos abra a ser creativamente fieles, ese potencial liberador también tiene capacidad de desvirtuarse o de dejarse encor-

setar, traicionando de ese modo su esencia originaria.

Además de esta capacidad intrínseca que encierra la propia VC para ser ámbito de despliegue humano y creyente, esta forma de vida también generó espacios propicios para facilitar una formación intelectual que, a lo largo de la historia, ha contrastado notablemente con el acceso a la cultura de las demás mujeres. Durante mucho tiempo, y aun hoy en demasiados lugares, el conocimiento ha sido un ámbito vetado para el sexo femenino. En cambio, desde los orígenes, la exigencia de saber leer y escribir para quienes abrazaban la vida cenobítica no diferenciaba entre varones y mujeres.

Este germen de formación intelectual para todos se desarrolló con el paso de los siglos. Si en la Edad Media los monasterios concentraron entre sus muros el saber de su tiempo, sus bibliotecas no hacían distinción de sexo a la hora de desplegar la capacidad intelectual de quienes copiaban y consultaban sus libros. La presencia de lapolíazuli, un pigmento muy caro que se empleaba para ilustrar los libros en la Edad Media, en restos óseos de mujer confirma que las monjas también se emplea-

ban en esta laboriosa, artística e intelectual actividad, a la vez que desmiente el imaginario de que se trataba de una actividad reservada a los monjes varones.

Mientras lo habitual era que la formación femenina se limitara a las tareas domésticas y el acceso a la cultura fuera un lujo lejos del alcance de la mayoría, las monjas disponían tanto de tiempo dedicado al estudio como de los materiales necesarios para ello. Este será el caldo de cultivo de grandes mujeres intelectuales, por más que sus nombres hayan sido silenciados y sus obras no siempre sean conocidas. Sirva de ejemplo el caso de Hildegarda de Bingen. Esta abadesa benedictina de comienzos del siglo XII tuvo una gran influencia política y social en su momento. Con conocimientos de filosofía, medicina, teología e incluso música, la extensa obra de esta santa y doctora de la Iglesia apenas ha sido dada a conocer hace algunas décadas. Hildegarda atestigua el nivel intelectual de las monjas medievales, entre las que ella no sería una rara excepción.

Con el paso del tiempo, diferentes circunstancias históricas desfiguraron esta centrali-

dad del estudio en la VC femenina, entre ellas, la decadencia generalizada de formación entre los clérigos previa a Trento⁸, las sospechas que la inquietud intelectual de las mujeres despertaba en la Iglesia y en la sociedad o la influencia de ciertas espiritualidades que recelaban de la cultura o, más recientemente, un predominio de las tareas pastorales que, en la práctica, convierte el estudio en algo funcional y secundario. Entre las causas que relegaron la formación intelectual no faltaron los discursos religiosos, como los que se intuyen tras las siguientes palabras, y que fueron asumidos con naturalidad por el grueso de la VC femenina:

Es verdad que dice san Pablo que las mujeres no enseñen; pero no manda que las mujeres no estudien para saber; porque solo quiso prevenir el riesgo de elación de nuestro sexo, propenso a la vanidad. A Sarai le quitó una letra la Sabiduría divina y puso una más al nombre de Abrán, no porque el varón ha de tener más letras que la

⁸ Esta escasa instrucción hace aún más llamativa la insistencia de santa Teresa de Jesús, que se consideraba «amiga de buenos libros», a rodearse de letrados, porque «de devociones a bobas nos libre Dios».

mujer, como sienten muchos, sino porque la i añadida al nombre de Sara explicaba temor y dominación. «Señora mía» se interpreta Sarai; y no convenía que fuese en la casa de Abrahán señora la que tenía empleo de súbdita.

Estas líneas corresponden a la carta que Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, dirige a Sor Juana Inés de la Cruz bajo el pseudónimo de «Sor Filotea de la Cruz». Juana Inés fue una monja mexicana de la Orden de San Jerónimo que se convirtió en un referente literario del siglo xvii. Por más que el obispo confiesa su admiración hacia la escritora y teniendo en cuenta que no se opone a la formación intelectual, postura que, de por sí, no era frecuente, sí que se resiste a que estos conocimientos salgan de los muros del convento, y alerta contra un saber que pudiera impulsar a las mujeres a dejar de obedecer a los clérigos. No le incomoda que las monjas sepan y estén formadas, sino que este saber salga del ámbito privado y cuestione a los varones de Iglesia.

No faltará la réplica de la religiosa. Entre su amplia obra, que conocemos gracias a que sus mecenas la hicieron pública, se encuentra

también la «Respuesta a Sor Filotea de la Cruz». En este escrito, Sor Juana Inés habla de sus inquietudes intelectuales:

¡Oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía y dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios; y que siendo monja y no seglar debía, por el estado eclesiástico, profesar letras; y más siendo hija de un san Jerónimo y de una santa Paula, que era degenerar de tan doctos padres ser idiota la hija.

Como afirma esta jerónima del siglo xvii, la formación teológica, si bien no es un elemento propio de la VC, sí es una exigencia de esta vocación. Esta no solo propició el despliegue intelectual de sus miembros, sino que ha facilitado a lo largo del tiempo la educación para otras mujeres cuando esta es negada o cuestionada en el propio entorno social. Son innumerables las instituciones de VC que nacieron para responder al reto de la promoción feme-

nina y que, aún hoy, siguen llevando adelante esta misión.

Volver a los orígenes nos permite recuperar la intuición esencial que late en la VC femenina. Esa capaz de generar cambios y movilizar a muchas personas en un modo de vida que no sigue los parámetros sociales esperados y que, por más que se busque encorsetarla y reducirla a lo controlable, tiene en sus entrañas el germen de lo siempre nuevo. El Espíritu Santo, que impulsó los diversos carismas desde el inicio, sigue resistiéndose a mantenerse comprimido y limitado a estructuras cuando estas no son capaces de acoger su impredecible movimiento. La constante llamada del Magisterio eclesial a una fidelidad creativa en los institutos de VC, como planteaba ya la Exhortación *Vita consecrata* 37, implica necesariamente mantenernos en una actitud de búsqueda y apertura a cambios.

2. Una mirada a nuestro hoy

Si los elementos esenciales que caracterizan la VC están preñados de capacidad para desplegar todas las capacidades humanas y creyentes de

quienes abrazan esta forma de seguir a Jesucristo, ¿podemos decir con honestidad que esta potencialidad permanece intacta hoy en día? Si contemplamos la VC femenina actual con la misma mirada misericordiosa que el Señor nos dirige a cada persona, ¿podemos afirmar que estamos haciendo realidad la vocación que Dios sueña para cada una? Nuestra manera de comprender la VC, ¿ayuda a extender las alas de cada uno de sus miembros? ¿Podríamos afirmar sin rubor que pertenecer a nuestros institutos nos ha hecho ganar calidad y calidez humanas?

Los datos nos exigen cuestionar respuestas demasiado rápidas. Algo no va bien cuando la propia Unión Internacional de Superioras Generales (UISG) ha tenido que crear una comisión para estudiar cómo el llamado *síndrome de burnout* se multiplica entre los miembros de institutos femeninos. Este síndrome, clasificado como enfermedad por la Organización Mundial de la Salud, no solo supone agotamiento, falta de energía o cansancio permanente, sino que también puede conllevar distancia mental con respecto al trabajo y sensación de falta de realización personal en él. Está claro que algo no va bien cuando la llamativa abun-

dancia de consagradas que no se sienten realizadas ha encendido la alarma de la UISG y han decidido analizar la situación.

Aquellos elementos que en su momento resultaron ser un revulsivo capaz de desplegar y potenciar las capacidades femeninas, hoy se experimentan como una rémora para muchas mujeres de sociedades occidentales y desarrolladas. El espacio y reconocimiento que, aun con muchas dificultades, la mujer va adquiriendo en nuestras coordenadas culturales contrasta fuertemente con el modo habitual en que se percibe la VC femenina. Así lo reconoció el documento de la Congregación para Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA), *Para vino nuevo, odres nuevos*, del año 2017:

Las jóvenes vocaciones que se presentan tienen una conciencia femenina, acentuada naturalmente, que no siempre se reconoce y acoge como un valor. Las críticas con que se manifiesta una cierta desaprobación vienen no solo de las otras mujeres consagradas, sino también de algunos hombres de Iglesia, que siguen pensando con esquemas machistas y clericales (n. 18).

Muchas mujeres, encomendándose al instituto para ser introducidas y formadas en el *seguimiento de Cristo*, se encuentran obligadas a asumir modelos de comportamientos ya anticuados sobre todo en relación con roles que saben más a «servidumbre» que a servicio en libertad evangélica (n. 39).

A riesgo de injustas generalizaciones, hemos de reconocer que demasiados institutos femeninos han asumido para sus miembros una forma de autocomprensión que responde a épocas lejanas y anacrónicas, renunciando a la condición dinámica y cambiante que caracteriza a una VC impulsada por el Espíritu Santo. Nunca es tarde para restaurar ese potencial, latente pero olvidado. De hecho, los mejores momentos para esta recuperación son siempre los contextos de crisis y, nos guste o no, la VC atraviesa desde hace tiempo una situación crítica que comenzó, paradójicamente, tras el Concilio Vaticano II.

Por más que no siempre hayamos sabido qué hacer con sus consecuencias, este evento eclesial resultó ser la gran oportunidad de recuperar el sentido de toda vocación cristiana.

Entre los muchos cambios que provocó, impulsó una necesaria renovación en al VC. El decreto conciliar *Perfectae caritatis* dio las pautas necesarias para una adecuada adaptación de esta vocación a los tiempos y, sobre todo, al modo en que la Iglesia, volviendo también a sus raíces, se definió a sí misma.

Ya no era una «sociedad perfecta», estructurada siguiendo las pautas sociales del Medievo, sino el «pueblo de Dios» (*Lumen gentium* 9-17). Esta autodefinición eclesial, profundamente arraigada en la Biblia, subrayaba la igualdad entre sus miembros. Más allá de la vocación específica o del servicio que realizan, todos los bautizados compartimos una misma dignidad, una misma llamada a la santidad y un mismo compromiso con la misión de la Iglesia.

Con esta comprensión eclesial no solo se devolvía al laicado su verdadero lugar, sino que quedaba anulada cualquier percepción de la VC como *estado de perfección* o como una especie de vocación «intermedia» entre la jerarquía y el común de los bautizados. Esta situación obligó a un proceso de renovación de la VC cuyas primeras pautas vinieron de la mano de *Perfectae caritatis*.

La iniciada en ese momento no fue una renovación concreta, sino que el Concilio inició una dinámica que no puede detenerse y que exige una permanente revisión al hilo de cada momento histórico. Solo así, en esta constante actitud de «salida», como le gusta decir al papa Francisco, podemos mantener el carácter de *signo* tan característico de la VC. De este modo, «extender las propias alas» supone, en realidad, responder de una forma creativamente fiel a la llamada que Dios nos dirige en las distintas circunstancias, renovando y recuperando el potencial que encierra esta vocación.

A veces olvidamos que el Concilio Vaticano II dio respuesta a una silenciosa crisis en la Iglesia que venía gestándose desde hacía tiempo. No hubo un motivo concreto que se convirtiera en el detonante de este acontecimiento eclesial, sino una fricción constante y perpetuada en el tiempo entre la sociedad del momento y la Iglesia. Si la conflictiva relación entre Iglesia y Modernidad generó de forma indirecta el movimiento renovador del Concilio, también ahora vivimos una situación capaz de propiciar una dinámica de renovación parecida a aquella experimentada a mediados del siglo xx.

Actualmente vivimos inmersos en una situación crítica general en el seno de la Iglesia. Son diferentes factores los que nos exigen una reformulación de todas las instituciones eclesiales, pero, sin duda, el detonante decisivo ha sido la crisis global de abusos en el seno de la Iglesia. Esta dramática situación ha resultado ser apenas la punta de un iceberg que delata serios problemas institucionales y, sobre todo, una brecha inmensa que separa nuestro discurso teológico de aquel otro «discurso oculto» que nuestra forma de relacionarnos y situarnos en la existencia proclama sin palabras.

Para demasiada gente, el escándalo de los abusos sexuales en la Iglesia se reduce a la actuación de unas cuantas «manzanas podridas». Está claro que hay una responsabilidad individual, pero también la hay institucional. La psicología social ha demostrado cómo las organizaciones humanas son capaces, siguiendo la misma imagen, de «pudrir las manzanas»⁹.

⁹ Sobre esta cuestión resulta interesante el estudio de Ph. G. ZIMBARDO, *El efecto Lucifer: el porqué de la maldad*. Barcelona, Paidós, 2019.

El papa Francisco comparte esta mirada, tal y como expresó cuando no aceptó la renuncia del cardenal Reinhard Marx:

Toda la Iglesia está en crisis a causa del asunto de los abusos; más aún, la Iglesia hoy no puede dar un paso adelante sin asumir esta crisis [...] Asumir la crisis, personal y comunitariamente, es el único camino fecundo, porque de una crisis no se sale solo, sino en comunidad, y además debemos tener en cuenta que de una crisis se sale o mejor o peor, pero nunca igual [...] Se nos pide una *reforma*, que –en este caso– no consiste en palabras, sino en actitudes que tengan el coraje de ponerse en crisis, de asumir la realidad, sea cual sea la consecuencia¹⁰.

Nuestra pretensión en estas páginas no es otra que colaborar con esa *reforma* que reclama el Santo Padre. Nada ni nadie en la Iglesia queda indemne de esta situación global que nos exige revisar y replantear qué nos ha lle-

¹⁰ Se puede consultar la carta en línea: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2021/documents/20210610-cardinale-marx.html> (consulta: 1 de agosto de 2022).

vado a ella. La VC, especialmente la femenina, también debe reflexionar y repensar no solo aquellos elementos propios de esta vocación capaces de derivar en dinámicas abusivas, sino también de todo aquello que la anquilosa y le priva de su potencial liberador. Solo así podremos responder a la invitación de la Iglesia y a los desafíos de esta crisis, saliendo de ella con una mayor fidelidad vocacional.

Por más que puedan parecer realidades alejadas del problema de los abusos perpetrados en el ámbito eclesial, muchos de los cambios institucionales realizados por el papa Francisco y la renovada inquietud por impulsar la sinodalidad, como nota esencial de la Iglesia, son, en realidad, reformas que brotan de la crisis, del mismo modo que la sanación brota de la herida. Desde esta perspectiva nos preguntamos: ¿qué implicaría «extender las alas» en medio del desconcierto eclesial que genera el escándalo de los abusos en su seno?

Esta situación global se une a la crisis existencial que la VC viene arrastrando desde el Concilio Vaticano II, sin acabar de resolver del todo de forma satisfactoria. Pero, por dolo-

roso que pueda resultar, toda crisis se puede convertir en un *Kairós*, en un momento oportuno que nos lance a renovar esta vocación y a recuperar su capacidad de desplegar las alas, humanas y creyentes, de sus miembros.